

LA MADRE DE FAMILIA.

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA

CON LA
aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección
DE

E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro del
Campillo, 15.

Contendrá artículos
de costumbres, nove-
las, poesías, sección
doctrinal, y cuanto
 juzguemos á propó-
sito para la instrucción
religiosa, la enseñan-
za y el recreo.

Este periódico sal-
drá los días 8, 14 y 23 y
30 de cada mes, y con-
tará de ocho páginas
en igual tamaño al de
este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán
en cuatro en cuatro
meses para facilitar de
este modo á los señores
suscriptores la adquisi-
ción de las tarjetas es-
tablecidas para paga-
re periódicos, que se
expenden en todos los
estancos; admitiéndose
también en sellos
de franqueo de 10 y 15
céntimos, prefirién-
dose siempre, donde
las haya, las letras del
Giro mutuo.

Suplicamos á los
señores que quieran
suscribirse, que al
enviar el aviso mar-
quen bien su nombre
y apellido de su resi-
dencia y provincia á que
pertenece.

8 de Marzo de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 41.

SUMARIO.

Las mujeres y las joyas, por D.^a Concepción Gimeno.—
A un ruiseñor, poesía por D.^a Carmen Ruiz de Mon-
tesinos.—Lea, ó la Cruz triunfante, por Mda. Matilde
Bourdon.—Calvario y redención, cartas de tres her-
manos, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Sec-
ción doctrinal, por id.

LAS MUJERES Y LAS JOYAS.

No hay mujer que no ame las joyas: la mayor
parte de las mujeres sienten por ellas una des-
bordada pasión que suele originarles funestas
consecuencias.

Solo un Mefistófeles ó un Arimanes (dios del
mal), pueden inspirar á la mujer la pasión de las
joyas.

Hay en el mundo muchas *Margaritas* que,

cual la de Goethe, han perdido su alma por la
fascinación que les ha producido un aderezo de
brillantes.

¡Cuántas mujeres han visto morir la dicha de
hogar y la paz de la conciencia á causa de un
brazalete de esmeraldas!

Muchas veces una sortija encierra una histo-
ria de lágrimas y amarguras indescriptibles.

¡Cuántos pobres maridos han perdido una for-
tuna adquirida con el trabajo, por la inconmen-
surable afición de sus mujeres al lujo!

Las mujeres que aman las joyas con frenesí re-
velan vanidad, y la vanidad es un simoun que
seca en el alma todo sentimiento noble.

Una mujer vanidosa es dura de corazón.

El amor desenfrenado á las joyas denota un
espíritu pobre, vulgar, frívolo y mezquino.

¡Triste condición la de la mujer que para va-
ler mucho necesita llevar tesoros sobre su traje!

Una mujer que se cubre de joyas, suele carecer de todo mérito: no teniendo atractivos para despertar sentimientos, quiere llamar la atención por las irradiaciones de sus piedras.

Si las mujeres supieren que el lujo les enajena las simpatías, no lo amarian tanto: un hombre reflexivo empieza á estudiar los gustos é inclinaciones de la mujer por el atavío de su persona.

Las mujeres que se adornan con joyas, terciopelo y plumas, suelen ser orgullosas y altaneras; las que se adornan con crespones, batistas y flores, son sencillas y modestas.

La modestia tiene la ventaja, segun Fontenelle, de aumentar la belleza y servir de velo á la fealdad.

Siempre será mas poética y mas bella una azucena del valle, que una flor de oro; hay entre las dos la diferencia que existe de lo real á lo fingido, de lo vivo á lo muerto.

Una rosa de perlas no es una flor, es un capricho del artista: como una estrella de brillantes no es un astro de la bóveda celeste, sino un esfuerzo del arte para imitar la naturaleza.

Las joyas son objetos de lujo que hablan al cálculo, á los sentidos: las flores son mariposas sin alas que hablan al sentimiento, al corazón.

Las mujeres que prefieren las joyas á las flores denotan alma gastada.

Hasta en la elección de las piedras puede haber mas ó menos modestia: la perla es un pálido rayo de luna que no hiere la vista; el diamante es un rayo de sol que deslumbra y á veces ciega.

Una dama muy bella asistió á un baile elegantemente prendida, ostentando en sus cabellos un brillante de incalculable valor: toda la noche fué su brillante el objeto de las conversaciones públicas y privadas, y nadie se cuidó de consagrar una frase á la belleza de la dama. Otras veces los poetas la denominaban sílfide descendida de un palacio aéreo, misteriosa Val-Kiria de los paraísos del Edda, náyade, nereida y ondina; comparando sus azules ojos á los de Ofelia, á los de Minerva, á los de Armida, y en aquella noche todos los elogios fueron dirigidos al brillante.

El brillante fue su rival: la hizo experimentar el desengaño de verse pospuesta á él.

Las mujeres deben adornarse con flores campestres: nada tan bello como la corona de lirios azules ofrecida á Helena por las doncellas espartanas.

En todas épocas han tenido las piedras preciosas tanto ó mas prestigio que las flores: si los indios contemplan las flores con gran amor,

es porque las suponen animadas con las almas de los finados y creen que Brama salió de la corola de un lirio acuático. Otros pueblos han tenido gran superstición por las piedras finas y les han atribuido facultades maravillosas.

Los antiguos creían que el vino bebido en copa de amatista no embriagaba jamás; que el ópalo le conquistaba á su dueño la benevolencia universal; que la esmeralda defendía la virtud de la mujer; que el diamante preservaba de todo veneno, y que la piedra de Bononia, cuando la dejaban al sol, atraía hacia sí sus rayos y podía alumbrar en la oscuridad.

La mitología nos ha dicho también, que la sortija de Giges hacía invisible á un individuo ante los hombres y el casco de Pluton ante los dioses.

Las mujeres en general se parecen á Cleopatra en su amor á las piedras preciosas: sabido es que esta soberbia egipcia llevó se afición al lujo hasta el extremo de hacerse contruir un navío cuya popa era de oro, las velas de púrpura, los remos de plata y el pabellon brochado de perlas; pero en lugar de imitar este ejemplo, pueden copiar las mujeres el desprendimiento de Isabel la Católica. Esta sublime reina que tuvo la suerte de colocar la santa cruz sobre el último baluarte de los moros de España, dió sus joyas á Colon, con objeto de que se proporcionase fondos para marchar á descubrir un nuevo mundo.

El mas alto destino que puede darlas una mujer es ofrecerlas á la indigencia ó á la desgracia.

Quisiéramos saber inspirar á las mujeres un desden, una indiferencia mas que de filósofo, de alquimista, hacia esos caprichos demasiado caros que se llaman joyas; un desden de químico, que penetra en los grandes talleres de la naturaleza y familiarizado con las mas bellas piedras las apellida *substancias minerales*.

Debemos quitar á esas preciosas piedras sus pomposos nombres, para que causen menos fascinación y las conozcan las mujeres sin ningún prestigio.

(Concluirá.)

CONCEPCION GIMENO.

Á UN RUISEÑOR.

Canta, ruiñeñor amante,
no suspendas tu cancion,
deja que tu eco vibrante
penetre en mi corazon
que te escucha palpitante.

Tu amorosa melodía
sigue, pájaro canoro,
y al venir hermoso el día
tu tesoro de armonía
aumentará su tesoro.

Suspira dulce el ambiente
y abre su cáliz la flor,
más suave gime la fuente
al escuchar solamente
tu dulce trova de amor:

Y mi pecho entristecido
al percibir tus acentos
exhala triste gemido,
recordando que ha perdido
sus mas felices momentos.

Que en mi juventud florida
yo, pajarillo gusté
la amargura de la vida;
y una esperanza perdida
desconsolada llöre.

Que el destino en sus rigores
va minando el corazon
con mil penas y dolores;
y arrancando va las flores
de nuestra pobre ilusion.

Dichosa, pájaro amado,
dichosa tu suerte ha sido;
sin desvelo, sin cuidado,
con tu objeto idolatrado
divides el blando nido.

Sin gustar nunca la pena,
sin saber lo que es dolor,
tu vida dulce y serena
va deslizandose llena
de venturas y de amor.

Perfumen te dan las flores
que nacen en tu recinto,
la luna sus resplandores
y sus modestos colores
el delicado jacinto

Su pompa y rico atavío
te ofrece la primavera,
su puro cristal el río
y su brillante rocío
la dilatada pradera.

Y al oír el eco armonioso
de tus sentidos amores,
entonan himno gozoso
los pajarillos cantores
que habitan el bosque umbroso.

Y yo que tanta ventura
no pódre nunca gozar,
penetraré en la espesura
y llorare de ternura
tus trinos al escuchar.

CÁRMEN RUIZ DE MONTESINOS.

LEA, Ó LA CRUZ TRIUNFANTE.

(CONTINUACION.)

No puedo avenirme con tu indiferencia, contestó Valerio; estas cuestiones, que tan ligeras te parecen, penetran en el fondo de mi corazon y quebrantan mi existencia.

Cornelio miró á su amigo, y quedó sorprendido y contristado al ver la palidez y la agitacion impresas en su rostro.

Tengamos calma, dijo Cornelio; ¿quién sabe lo que nos reserva el día de mañana? Tus esclavos nos anuncian la cena; vamos á hacer nuestras abluciones, y olvidemos esos discursos.

La cena no fué larga, ni alegre; y al despedirse Cornelio, su amigo le estrechó la mano diciéndole:

—Si muero, serás el tutor de mi querida nieta; pero ten presente que no quiero que sea cristiana. Es mi voluntad expresa; cuento contigo.

IV.

LA PROCLAMACION.

Próximo á la plaza de Trajano, cerca de la columna del gran Emperador que venció á los dacios y á los partos, elevábase la vasta basilica

Ulpiana (1), situada entre dos bibliotecas públicas que encerraban los tesoros de la venerable antigüedad. En aquel sitio había Constantino convocado al Senado y al pueblo romano.

Constantino había vencido á todos sus enemigos: Licinio, uno de ellos, acababa de cederle la púrpura y de saludarle como su señor y sobelano. Reinaba solo en el mundo, y este mundo lo consagró á Dios. Fue, pues, un día solemne aquel en que cristianos y paganos se reunieron en el inmenso edificio elevado á la memoria de Ulpiano.

Constantino, seguido de sus oficiales y apoyándose de su hijo Crispo, adolescente de amable semblante, entró en la basílica y ocupó un sitio en el ábside, sentándose en una silla de marfil reservada al magistrado. Paseó una tranquila mirada sobre la asamblea, hizo una señal con la mano indicando silencio, y dijo:

«Senado, patricios, cónsules, caballeros, pueblo romano, os he reunido en este recinto para manifestaros mis designios, deseando de lo íntimo de mi corazón que vuestros deseos y vuestras voluntades sean conformes á las mías. Las funestas divisiones de los espíritus no pueden tener término feliz, mientras un rayo de la pura luz de la verdad no ilumine á los que están rodeados de las tinieblas de una profunda ignorancia. Es preciso, pues, abrir los ojos de las almas y renunciar al error de la idolatría. Abandonemos esta superstición que ha tomado origen de la ignorancia y que ha sido nutrida por la sinrazón. ¡Que el Señor Dios, único verdadero, que reina en los cielos, sea verdaderamente adorado! ¡Á Él solo honor y gloria!

«En cuanto á Nos, puesto á la cabeza de este Imperio, queremos que sepan todos, que hemos abjurado el error del paganismo, mediante los auxilios de Jesucristo nuestro Dios. Y para no entreteneros con un largo discurso, vamos á declarar en breves términos lo que creemos deber disponer.

«Queremos que los templos sean abiertos á los cristianos, de manera que los pontífices de la ley cristiana gocen de los privilegios conferidos á los sacerdotes de las iglesias.

«Para hacer conocer á todo el universo que humillamos la cabeza ante el verdadero Dios, ante el Cristo, hemos resuelto construir en su honor una iglesia en el interior de nuestro pala-

cio. Así probaremos al mundo entero que no ha quedado en nuestra alma ni un vestigio de duda ni un resto de nuestros pasados errores.»

Estas últimas palabras las pronunció Constantino con clara y vigorosa entonación.

Un ruido como de trueno resonó en aquel momento en la inmensa basílica.

Era la voz de los cristianos, que clamaban á un tiempo:

—¡Infelices los que niegan al Cristo! ¡No hay mas Dios que el Dios de los cristianos! ¡Cierrense los templos de la idolatría, ábranse las iglesias!

Los cristianos repetían estas aclamaciones con entusiasmo creciente, mientras los senadores, dominados por una tristeza hostil, bajaban la cabeza y á hurtadillas echaban miradas de cólera sobre aquel pueblo transportado de un santo júbilo. La ola popular iba creciendo: no era aquello solamente la alegría del triunfo, era una amenaza á los perseguidores de la víspera, entre los cuales reconocía la multitud á los acusadores ó los jueces de los Martires.

—¡Sean expulsados de Roma los sacerdotes de los ídolos! ¡Afuera los que todavía hacen sacrificios! ¡Hoy mismo, Cesar, dispóned que hoy mismo sean echados de esta ciudad!

Los clamores del pueblo hacían temblar aquellas bóvedas; palidecían los senadores; Constantino se levantó, y su voz dominó el tumulto.

Con majestad inexplicable dirigió otra vez á la asamblea palabras de moderación y de dulzura, que hicieron estallar de nuevo la ardiente alegría del pueblo; pero esta vez los vencidos, del todo tranquilizados, mezclaron sus aclamaciones con los gritos de los vencedores.

—¡Larga vida al Cesar: clamaban los paganos.

—¡El que honrare al Cristo hallará á sus enemigos! repetían los cristianos.

Los sacerdotes, muy numerosos en la asamblea, elevaban sus oraciones al mismo Cristo y exclamaban con santa alegría:

—¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera!

Un gozo inefable, que el mundo apenas conoce, ensanchaba todos los corazones; la misericordia y la justicia habían vuelto á encontrarse, y parecía que en lo sucesivo nada podía turbar el reposo del universo pacificado bajo la Cruz, y que habían llegado ya los tiempos predichos por el Águila de Patmos:

«Veo un cielo nuevo y una tierra nueva. Por que el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido. Yo, Juan, ví la santa ciudad, la nueva Jerusalem que venia de Dios y descendía

(1) Las basílicas, palabra que en lengua griega significa *casa real*, eran en Atenas el lugar en que el arconte ó magistrado administraba justicia: igual destino tuvieron en Roma, y se dió aquel nombre á las iglesias cristianas que imitaron también su arquitectura.

del cielo, adornada como una esposa para recibir á su esposo.

Y oí una voz fuerte que salía del trono y que decia: Hé ahí el tabernáculo de Dios con los hombres; él habitará con ellos: ellos serán su pueblo, y el mismo Dios, morando con ellos, será su Dios. ¡El enjugará las lágrimas de sus ojos!»

Los sacerdotes se repetían unos á otros estas palabras que no deben cumplirse en la tierra, y elevaban al cielo nuevas voces de alegría y de reconocimiento. El Emperador saludó á la asamblea, y seguido de una inmensa muchedumbre que esparcía hojas de laurel y flores por el camino que debía recorrer, volvió á su palacio de Letran.

Habíase extendido aquella nueva por toda la ciudad, y estando ya cerca la noche, coronas de lámparas y de antorchas iluminaban todas las calles del tránsito; el Coliseo, regado con la sangre de tantos cristianos, y las Termas de Tito, que recordaban la caída de Jerusalem, parecían un ascua de fuego; en la entrada de la mansión imperial las antorchas difundían una luz semejante á la del día, y al rumor de las aclamaciones populares entró Constantino en su palacio, despues de aquel año augusto, uno de los mas grandes que el hombre haya podido cumplir aquí abajo; mientras tanto los cristianos no cesaban de gritar:

—¡El que honre al Cristo triunfará siempre de sus enemigos!

Toda la ciudad se vió inundada de alegría, y desde el amanecer del día siguiente todos los sacerdotes ofrecieron el incruento sacrificio por el pacificador de la Iglesia.

Pocos dias despues, por disposicion del Senado, se echaron los fundamentos de aquel arco de triunfo que aun hoy subsiste, y en el cual se lee esta hermosa inscripcion:

A CONSTANTINO

FUNDADOR DE LA PAZ.

(Se continuará)

MATILDE BOURDON.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

María á Fabian.

Cuando te escribí mi última carta, no pensaba, hermano mio, que tan pronto habia de anunciarte una nueva complicacion, y complicacion que aterrándome, me obliga salir de esta casa, en la cual; ¡ay de mí! no podria permanecer. Nada me han dicho, Amelia me ha dejado en libertad hace dos dias, pero yo no sé que resolver!

El Doctor San Roman me ha pedido una entrevista y le espero dentro de algunas horas. Quizá viene á hablar me de parte de la Condesa, quizá en nombre de Horacio, pero yo no puedo adivinar lo que resultará de esta entrevista que temo y anhelo á la vez. Sin embargo de mi duda yo no puedo dejar de escribirte, y ocupo estas horas en confiarte mis penas.

Ya te referí lo que habia hecho al encontrar, aunque sin esperarlo, á Gustavo, y lo que aun me quedaba que hacer, cumpliendo la mision que él me habia dado para Amelia.

Como pue les comprender, esto tenia que ser en un momento en que nadie pudiese oirnos, y cuando nos halláramos enteramente á solas: tuve pues, que esperar, porque la Condesa, como si se temiera á sí propia, apenas salió aquel dia del cuarto de Horacio.

Como el doctor habia anunciado, el noble enfermo pudo dejar el lecho y dar algunos paseos por la estancia apoyado en el hombro de Elvira.

Si no hubiese tenido el corazon tan lleno de zozobra, yo me hubiese juzgado feliz al poder ver á Horacio vuelto á la vida y vuelto á la luz.

Él por su parte miraba á su hija no saciándose de contemplarla: despues sus ojos vagaban por el espacio, por los objetos que le rodeaban, por la campiña, esmaltada de flores, por el lejano bosque, por el azul horizonte, yendo á fijarse por último siempre en la estension de los cielos, con una expresion indecible de gratitud y arrobamiento.

En su rostro melancólico y noble se reflejaban como en un espejo todas las sensaciones de su alma.

Aquel mundo, aquella naturaleza exuberante de belleza, de frescura y de claridad, tenia para él mayor encanto y se presentaban mas hermosas á su vista, despues de haber estado privado por tantos dias de admirarlas.

Parecia que en cada aspiracion de su pecho mandaba un saludo á cada flor, á cada árbol que se ofrecia á sus ojos, como un amigo querido á quien hallamos despues de una larga ausencia.

De vez en cuando su mirada, aquella mirada inteligente y noble iba á fijarse melancólica y triste sobre mi frente que se enrojecía como si el fuego que reflejaba hubiera podido prestarle su calor.

Pero aquello tenía solo la duración de un instante, y el alma de Horacio iba á reconcentrarse en su hija entonces, como las pobres aves marinas que presienten la tempestad, y que van á refugiarse en el seguro puerto, al brillar la luz del primer relámpago.

Amelia á su lado, parecía querer pagar en un día, en un momento, todas las deudas que su corazón tenía que saldar con aquel hombre.

Dulce, amante, previsora como nunca la había visto, no salió en todo el día de la estancia, ni se alejó de su lado un solo momento.

Cualquiera, al verla, hubiera creído que tenía miedo, por que la presencia de un criado, el sonido de una puerta, el leve ruido de unas pisadas, ponían su semblante pálido y la hacían estremecer.

Oh! acaso aquella mujer que había burlado las esperanzas de un hombre, no accediendo á la cita ofrecida, creía que él iba á cometer alguna imprudencia que la pusiera en un grave apuro.

Así se pasó todo aquel día, sin que yo pudiese hablarle una palabra tan solo.

Por la noche Horacio se recogió temprano, y ella le imitó, mandando trasladar su lecho á una habitación, inmediata á la de su esposo, y separada de ella por un pequeño gabinete, diciendo que de aquel modo estaría á su lado si le ocurría el menor incidente.

Yo dormí junto á la niña y cuando nos quedamos solas, rezamos ambas, dando gracias á Dios por el restablecimiento de su padre.

Por la mañana me levanté muy temprano y abrí mi ventana para respirar la brisa del campo, sorprendiéndome ver las del cuarto de Amelia abiertas también como la mía.

En uno de sus claros, envuelta en un blanco peinador y con la frente apoyada en sus manos pude distinguir á la Oondesa,

Su hermoso semblante se encontraba un poco pálido, y sus ojos parecían mirar con temor el espacio que tenía delante.

No sé si el ruido que yo hice ó la casualidad, le obligó á levantar la cabeza y fijarse un momento en mí.

Me hizo una seña con la mano, y yo me apresuré á obedecerla, acudiendo á su llamamiento.

Algunos instantes después franqueaba la puerta del cuarto en que se hallaba, que tiene entrada por el comedor.

—María! murmuró al sentir mis pasos, es V?

—Sí, dije; he creído entender que V. E. me llamaba, y aquí estoy.

—Oh! ha hecho V. bien: deseaba verla, dijo con acento

agitado: y después de una pausa añadió mirándome fijamente y con una profunda emoción. Quería saber como ha pasado Elvira la noche, y si ha vuelto á soñar que la separaban de su madre.

Esta pregunta inesperada y rápida, me turbó de tal modo que no supe al pronto que responder. Después me sobrepuse un momento, y contesté.

—No: la niña duerme tranquila y feliz, y el serafín que la guarda, al cubrirla hoy con sus alas, solo habrá recogido de sus puros labios inocentes plegarias de gratitud y esperanza!

—¡Mucho entiende V. el lenguaje de los ángeles, María! dijo dulcemente. Yo debo bendecir á Dios por ello y dar á V. las gracias al par.

—A mí! Oh! no, á Elvira solo, que ruega todas las noches por la paz de este hogar y cuyas súplicas han llegado al cielo.

—Oh! Dios lo quiera! exclamó con afán, dirigiendo una mirada de angustia en torno.

—Sí, la dije yo, creo que nada podrá ya turbar el corazón de su amante madre.

—Como! que quiere V. decir? me preguntó alarmada V. sabe...?

—Yo... yo, murmuré sin saber como cumplir mi espinosa misión y teniendo precisión de hacerlo, yo tengo que referir á V. E. las palabras de un hombre que ha partido y que ya quizá no volverá.

—Hable V., dijo rápidamente, dominando su sorpresa, hable V. ¿quien es ese hombre?

—Se llama, señora, Gustavo de Peñafiel.

—Gustavo! el imposible.

Entonces le referí una por una las frases que él había pronunciado y que me había suplicado la transmitiese.

Amelia mas asombrada cada vez, sacó de su seno una carta arrugada y murmuró sin pensar acaso que yo la escuchaba,

—Sí! eso es! había tomado el nombre de Arturo para escribirme, quería saber si yo acudía á una cita dada por Pradorea; creía que entre nosotros existía una intriga amorosa y acaso que aquel desafío... Oh! bien infame me juzgaba! y yo... yo he estado á punto de dar pavulo á sus sospechas.

Oh! gracias, María, gracias! V. me ha salvado, por que por una imprudencia he estado á punto de manchar mi nombre, de provocar una venganza que me hubiera herido mortalmente; oh! á V. le debo mas que la vida, por una casualidad providencial.

—A mí, no, á Dios, á Dios que vela por sus criaturas; á Dios que no quiere que una madre empañe un momento la santa aureola que Él colocó sobre su frente!

—Sí, tiene V. razón! una madre ejerce el sacerdocio de la familia y el hogar: V. sin serlo me ha hecho comprender los altos deberes que su carácter la impone, y

la inmensa responsabilidad que pesa sobre sus hombros. Yo la acepto hoy! hasta aquí no había pensado en nada de esto! creí que se puede jugar con la sociedad impunemente. sin que la sociedad deje de respetarnos: creí que se puede una asomar al borde del abismo, estando segura de no caer; pero me engañaba! también las apariencias pueden condenarnos, también el vértigo puede precipitarnos. V. evocando el mas santo de los amores, V. tocando la fibra mas sensible del corazón de una mujer, hablándome en nombre de mi hija, me he hecho comprender la verdad; á descordado á mis ojos la venda que los cegaba y me ha salvado, volviéndome pura aún, á la senda del bien. Yo permaneceré en ella, se lo juro: sus esfuerzos no serán inútiles por que yo los secundaré.

—Ay! señora, le contesté, sintiéndome dominada por el calor con que ella hablaba, Dios ha hecho á V. muy fácil el camino de la vida! lo ha cercado de flores, quitando de él los abrojos. ¿Qué puede V. pedir á la suerte? juventud, hermosura riqueza, y amor... el amor de un hombre digno noble, perfecto... ¿sabe V. lo que vale esto? sabe V. lo que es amar y ser amada sin amargas dudas, sin ardientes remordimientos? ¿á que, pues buscar la felicidad en otros goces si Dios pone á su alcance la ventura que puede convertir la tierra en un paraíso? ¿Qué corazón mas grande, que inteligencia mas elevada, que alma mas superior que la del compañero que el cielo le á otorgado? Oh! ámele V. mucho, señora, ámele V. y hágale feliz porque lo contrario seria muy culpable!

Amelia se estremeció al escuchar mis palabras: me miró fijamente, cojió mi mano y me dijo temblando y pálida como un cadáver.

—!María V. ama á Horacio!

—Yo! murmuré aterrada.

—V. sí! añadió; hace tiempo que lo sospecho!

—!Como señora! exclamé; y que he hecho yó para que V. adivine... para que V. suponga.....

—Oh! la voz, la mirada... no sé... algo que se comprende y no se espresa... algo que en la atmosfera nos hace presentir la tormenta cuando aun no ha estallado el trueno sobre nuestra cabeza ¡pero V. le ama estoy cierta de ello!

—Oh! perdon! balbuceé proxima á desvanecerme, yo no soy culpable, yo.....

—Ah! no me había engañado! no pide perdon la que no se reconoce culpable del delito que se le imputa!

Estas palabras me devolvieron la energia; recordé nuestra noble sangre y me alze digna, altiva, severa con toda la majestad de la desgracia y la virtud.

—Y bien, dije ¿de que culpa se me acusa? Vuelva V. atras el pensamiento, señora, y dígame que ha visto en

mi conducta que merezca un solo reproche? dos veces he salvado á V. de la ruina, la primera á costa de mi nombre, la segunda inspirada por Dios: todo mi afán se ha reducido á volver á V. al lado de su esposo, de su esposo á quien V. desconocia, y á quien yo había comprendido; todo mi anhelo á sido que no aparezca V. á sus ojos culpable ó ligera, á unir sus almas, que el hielo de la indiferencia empezaba á desviar, á cegar el abismo que una imprudencia pudiese abrir entre ambos! Esta á sido mi conducta, señora, esta ha sido tan solo! Si en ella hay culpa, que Dios la juzge, y si esto es amor, es un amor tan grande, tan puro, tan inmaterial y santo que no mancha, si no enaltece al que lo siente!

—María! exclamó, pero es posible? se puede llegar á tanto!

—Si, se puede, y aun á mucho mas! se puede aceptar el sacrificio, se puede cruzar el calvario, se puede anegar el alma en lágrimas, para que Dios conceda á otra alma la dicha que niega por siempre á la nuestra!

—María, María, perdone V., yo no se... no podía comprender esa abnegacion, esa grandeza... perdoneme V. hoy en la tierra no sabemos conocer las virtudes de cielo!

—Hay amores, puros, inextinguibles desconocidos que no tienen pasado ni presente, que no tienen porvenir, que viven solo del sacrificio, pero que no mancillan el corazón que los encierra, por que su trono solo está en el alma!

Amelia me abrió los brazos, y yo me arroje en ellos oyendola murmurar.

—Pobre María!

En aquel instante un ruido extraño llamó á la par nuestra atencion.

Corrimos á la puerta de cristales que conducia al gabinete que precedia al cuarto de Horacio, y al abrirla con fuerza le hallamos á él tendido en el suelo y privado de sentido.

¡Ay! de mí, quizá nos había oído, quizá lo sabia todo!

Adios, siento que el doctor se acerca y no puedo continuar. Adios, ya ves cuan desgraciada es tu pobre hermana

MARIA.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—Oh! sí, yo quiero aprender de esa digna anciana, hoy á ser buena hija para mañana ser buena madre, y creo que con estudiar los preceptos del decálogo como ella lo explica se puede conseguir, padre.

—Sí, Rosa, sí, por que ese pequeño libro que se la llama la *doctrina cristiana* es el código mejor de las familias, y el que es mas seguro para la marcha de la conciencia.

La joven salió con su padre, y Julian el mayordomo que habia escuchado sus palabras.

—He aquí dijo, una joven que será una excelente esposa y una santa madre... y es muy linda y luego tan modesta...

Julian se retiró pensativo, pero sin saber por qué sintió en su corazón un deseo vago de que llegara la próxima tarde.

—Lo que es hoy, abuelita, estoy segura que ninguno de los que estamos aquí á pecado contra el mandamiento que nos vas á explicar, ni tiene nada de que acusarse en él, decia la linda Julieta, abrazando á la Marquesa de la Fé, que rodeada de sus amigos se disponia á darles la diaria lección en la galeria de cristales de su hermosa quinta.

—Ya lo creo! exclamó el ama de llaves muy gozosa. No matar! ¡gracias al cielo eso no va con nosotros! eso se queda para los asesinos y mal hechores, no para las gentes honradas, que teudremos sobre la conciencia algunas faltas, pero no crímenes semejantes.

Julian, que habia entrado vestido con algunas mas pretensiones que otros días, se fué á colocar cerca de Rosa, que reunida con Ana formaban un grupo encantador, y apoyando las frases de Petra.

—Es cierto, dijo: ninguno de nosotros lleva en la conciencia el peso enorme de haber hecho u a muerte. Oh! eso sería espantoso. Yo confieso, que si por desgracia me hallara en ese caso, el remordimiento y el pesar robarían el sueño á mis ojos y la paz á mi corazón, en terminos que mi vida sería un suplicio.

—Lo propio me sucedería á mí, murmuró José el jardinero.

—Y yó, añadió tímidamente Lorenzo, prefiero reclinar la cabeza y cerrar mis ojos sin luz en mi pobre y estrechísimo cuarto, teniendo la conciencia tranquila; á vivir en un palacio y á tener un lecho de plumas, llevando en el corazón el remordimiento de haber destruido una existencia. Oh! eso ha de ser horrible, y debe poblar de medrosas visiones nuestro sueño.

Nicolás exhaló un suspiro y se abstubo de tomar parte en la conversacion: ¡tal vez recordaba estremecido la muerte de la infeliz Dolores, acelerada quizá por él y por los sobrinos de D. Damian.

La Marquesa que habia escuchado todas las opiniones emitidas por sus colonos ó criados, sonrió bondadosamente y dijo despues de algunos instantes

—No creais, amigos míos, que solo el que asesina

dando una puñalada ó apoyando en el corazón el cañón de una pistola, es responsable ante Dios de la muerte de sus semejantes, ó de faltar á lo ordenado en el quinto mandamiento, no: de mil otras maneras pecamos contra él. El Señor nos ha concedido dos vidas, la de nuestro cuerpo y la de nuestra alma, y mil veces obramos en contra de ambas, ya por ignorancia, ya por descuido y por maldad.

Hablaremos pues de las dos, empezando por la existencia del cuerpo, pues la del alma es mas grave y necesita mas detencion. Nuestra vida, amigos míos, y segun la ley natural, está sujeta á cien pequeños incidentes que no solo pueden ponerla término, sino hacerla penosa y triste y desesperada, privándonos de la salud, de la razón, de la vista, del movimiento, cosas tan necesarias todas para cruzar este mundo de un día. Dios nos ha concedido la luz suficiente, y el suficiente conocimiento para saber lo que puede dañarnos, y el no evitarlo, el correr ciegamente en busca de peligros inútiles, el esponernos sin necesidad y el no guardarse del mal con una prudente reserva, es ya un pecado y una ingratitud al par, pues parece como que despreciamos los dones de Dios, no procurando conservarlos. Y ¿quién de nosotros no ha cometido alguna imprudencia que ponga en riesgo de su salud? quien por un capricho, por el afán de una corta ganancia, por un negocio puramente de interés material, no se ha espuesto al frío, á la lluvia, al excesivo calor, no guardando ante todo el precioso tesoro de su salud?

¿Cuántos padres de familia, cuya vida se debe á los hijos, no trasnochaban, no se embriagaban, no se entregaban á mil vicios repugnantes, que no solo amenoran la hacienda, si no que gastan las fuerzas y secan las fuentes de la vida? Y creéis, hijos míos, que esto no es culpable? creéis que si mañana una enfermedad, producida por la intemperancia y el desorden, privase de la vida á esos desventurados, no tendrían que dar estrecha cuenta, no solo de la especie de suicidio que les habia acortado la existencia, sino de la horfandad y la desgracia de sus hijos?

¡Ay! que si todos cumplieramos bien y esactamente, la sencilla, facil, y verdadera ley de Dios, seríamos mas felices, sufriríamos menos y nuestra misma existencia sería mas larga y agradable.

—¡Ay abuelita! ¿y cuando yo corro y me acelero, y me mojo cuando hace frío, hago tambien un pecado? dijo Julieta con candor.

—Y cuando yo subo á los sitios peligrosos, ó trepo á los árboles ó salto por la orilla del estanque, faltar tambien á ese mandamiento? se apresuró Adolfo á preguntar.

—Los dos haceis mal, hijos míos, bien sabeis que un antiguo proverbio lo dice: «quien ama el peligro perece rá en él,» y de todo el mal que nos busquemos por nuestra impremeditacion ó nuestro descuido, debemos responder un día.

(Continuara.)

Enriqueta Lozano de Vilches.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.